

STVDIA COLOMBIANA

R E V I S T A

número 7

Luis de Góngora y Argote
Goya y la Guerra de
Independencia · José Triana
El carnero · Gaitán: el caudillo
La visión del mundo · Un curso
con demasiados libros
Poesía: soledad de la experiencia
Eduardo Soriano · Mario Rivero
In memoriam: Fanny



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA
CENTRO CULTURAL EN BOGOTÁ

EN UNA EXPOSICIÓN DE FOTOGRAFÍAS EN EL CENTRO CULTURAL DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA EN BOGOTÁ, un joven fotógrafo exhibió un par de bellos objetos culturales, un sombrero y un cesto, realizados con tiras de fotografías entretejidas. El artista entregó el material fotográfico a los artesanos que, a su turno, realizaron las obras para conseguir que, además de piezas artísticas, fueran documentos. En ese entonces, Eduardo Soriano dijo que se proponía realizar, con idéntico procedimiento, una "activación de memoria colectiva". Se trataba de levantar, con fotografías, un recinto habitable de la tribu nómada nukak makú, tal como los integrantes de ese grupo étnico lo construyen en plena selva amazónica.

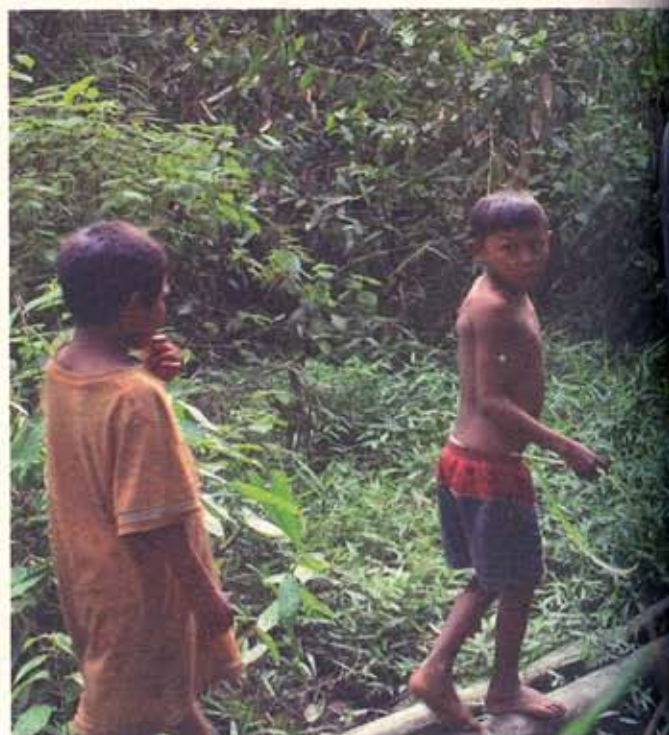


Stvdia Colombiana se enorgullece de presentarles a sus lectores, en las siguientes páginas, un resumen gráfico y un texto del artista, ambos inéditos, que compendian ese trabajo de gran singularidad y con un valor antropológico extraordinario. Los nukak makú, los últimos nómadas de la Amazonía colombiana, están perdiendo sus prácticas culturales por el embate de la cultura "occidental".

Del espejo roto

EDUARDO SORIANO





Un depi o “espíritu” es como la semilla de la gente y la representan como el reflejo de una persona frente a un espejo, razón por la cual a algunos nukak no les gusta que les tomen fotografías, pues en ellas puede ser capturado su depi. Uno de sus mitos narra como un nukak cometió suicidio porque su mujer rompió el espejo. Lo hizo porque sintió mucho miedo de haber perdido su depi, su “espíritu”.

Dany Mahecha; Gabriel Cabrera; Carlos Franky, *Los nukak, nómadas de la Amazonía colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

Hace dos años vi un documental realizado en 1999 sobre los nukak makú, nómadas de la Amazonía colombiana. Aparecían en plena selva, desnudos y con sus prácticas culturales “intactas”. A pesar de que habían sido “descubiertos por la civilización occidental” un par de años antes, ya tenían la problemática de otras culturas indígenas. Me llamó la atención la construcción de una habitación con fibras vegetales y hojas de platanillo, muy similar a la hoja de plátano, e imaginé cómo se vería construida con fotografías.

No creo que lo leído en unos cuantos libros y en otros tantos artículos, o lo visto en un documental alcance a dar cuenta de la vida de una tribu indígena. Conozco muy poco a los nukak makú. Solo puedo relatar la experiencia que viví con ellos en mi primera visita.

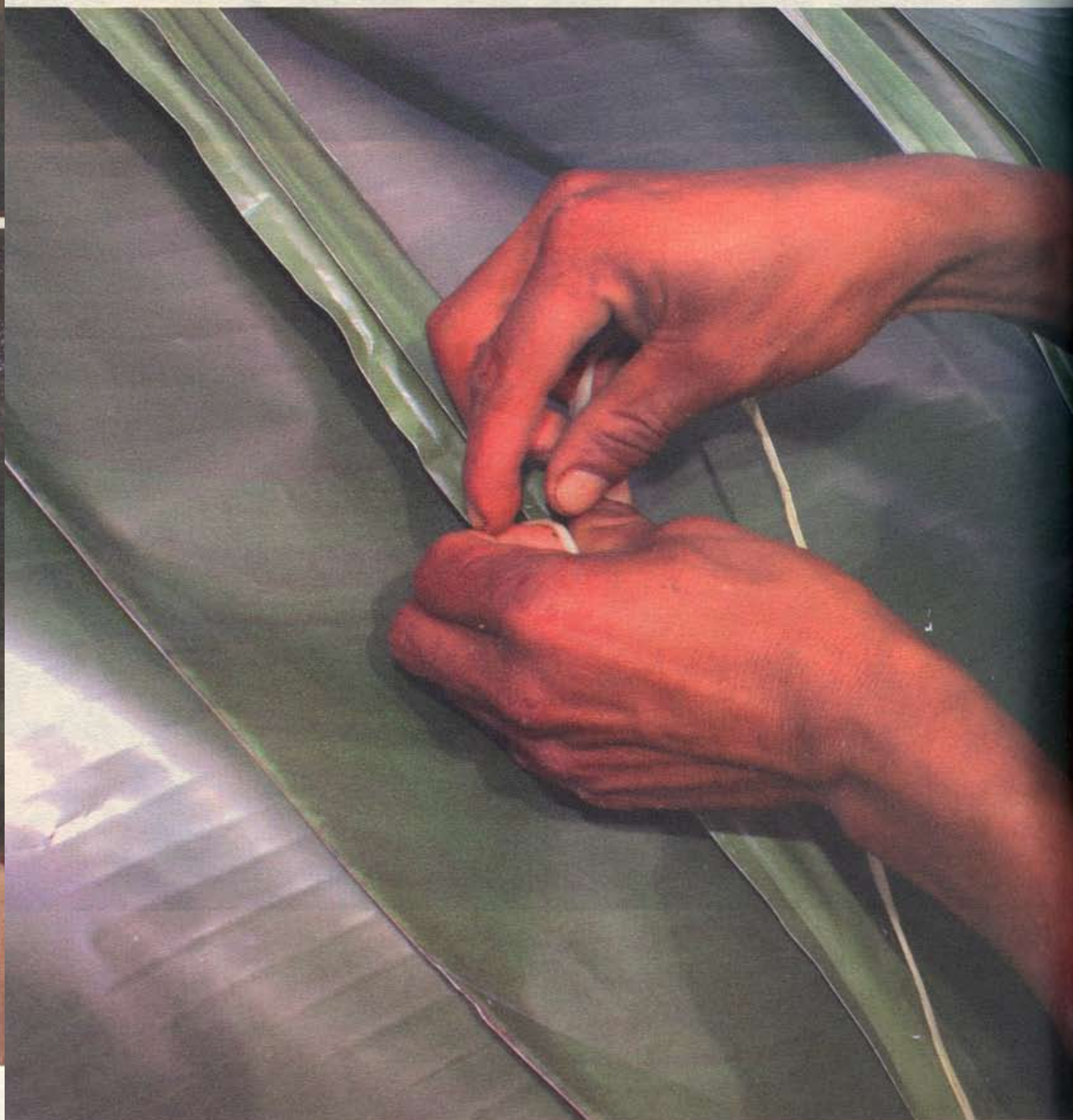
El 17 de abril de 2008 salí de San José del Guaviare, a las 5:30 de la mañana. Acaso por haber nacido en Florencia, en el Caquetá, otra de las puertas de la región del Amazonas, o ¿de la civilización?, tuve la impresión de que había algo familiar en esa carretera polvorienta que me condujo hacia Barrancón, a 30 minutos de San José, donde encontraría a cinco familias nukak, que habían salido de la selva para establecerse allí debido a problemas con las guerrillas de las Farc, el narcotráfico, la colonización, las enfermedades “occidentales”, etc. También había algo familiar en Alfonso, el conductor del campero que narraba cómo había vivido tres años en Bogotá y cómo había regresado a San José, con la seguridad de no volver “a donde solo se es esclavo del trabajo”. Igualmente, me resultó familiar la gente que íbamos dejando atrás en el camino, la mayoría indígenas guayaberos, y esos árboles y palmeras gigantescas, propias de una tierra geológicamente muy antigua, por lo cual muchas especies vegetales parecen salidas de un parque jurásico.

Nos detuvimos donde Manuel, un nukak que vive a quinientos metros de las familias asentadas, y al entrar por un lado de la casa vi a otra indígena, en una cocina teñida de tizne por la leña, que me dijo que Manuel estaba pescando. Por un momento creí que había



perdido el viaje. Él es uno de los pocos nukak que hablan bien el castellano, y su presencia era imprescindible para comunicarme con las familias y pedirles su ayuda. Pero cuando Alfonso se retiró hacia el otro costado de la casa, al seguirlo con la mirada, me di cuenta de que estábamos al lado del río Guaviare. No tardó en aparecer Manuel por un sendero, con el resultado de la pesca. Es bajo de estatura, con facciones más de colombiano criollo que de indígena. Tiene dos hijos pequeños y, como

su mujer es de otra tribu, se encuentra distanciado de los nukak. Me comentó que estaría por poco tiempo ahí y que pronto se iría hacia otra población selva adentro. Le expliqué mi idea y le pedí ayuda, pero respondió con cierta prevención. Desde el "descubrimiento" de los nukak, hace poco más de veinte años, los periodistas han vulnerado su privacidad y, por el afán de informar, tergiversan lo que sucede en la tribu.



Por entre dos postes de una cerca logré entrar al espacio de los nukak; cinco “cambuches”, o ranchos que nada tienen que ver con las habitaciones temporales que construyen selva adentro, escondían en su interior a por lo menos 50 integrantes de la etnia, entre niños, mujeres y hombres, en su gran mayoría jóvenes. Manuel iba delante, saludando y bromeando con varios miembros del grupo. No tardó en llamarlos a todos, ya que varios de ellos, en su mayoría hombres, se disponían a partir. Como se ha vuelto costumbre con todos los visitan-



tes, tuve que comenzar ofreciendo algunos comestibles, productos para el desayuno en ese caso, y luego esperar a que los consumieran por completo.

Les dije: “Mi nombre es Eduardo Soriano, y vengo a pedirles su ayuda”. Todos prestaron atención, incluso la más anciana del grupo, que no sabía una sola palabra de castellano. Creí que habían entendido. Les llevé algunas fotos de la hoja del platanillo recortada y les dije: “Quiero construir una habitación con ustedes, como las que construyen en la selva, pero con fotos, es decir, con las fotos de la hoja del platanillo”. Agregué que era para que los conocieran a través de sus objetos, y que estos iban a ser mostrados en Bogotá y en otros lugares. Les aseguré que la participación de la comunidad iba a tener un pago en especie, y que ellos mismos debían escoger lo que querían, de acuerdo con sus necesidades. Esto último lo hice con el fin de no caer en el error de llevarles productos como frijoles, que apenas sirven para que los niños jueguen con ellos, ya que no saben cómo cocinarlos, o enlatados que no saben cómo abrir, o cepillos de dientes que no utilizan, y otras muchas cosas como las que les traen los brigadistas y trabajadores sociales de diferentes instituciones.

Teima, la más anciana del grupo tejía todo el tiempo una manilla o pulsera, un objeto bello que le pedí que terminara para mí. Las manillas se han convertido en *souvenirs* para los visitantes y en fuente de ingresos, por ello, hacen esfuerzos para convertirlas en artículos de comercio artesanal. Todos se retiraron y yo me acerqué a donde la mujer trabajaba. El tejido tomó tres horas, pero ese lapso se convirtió en una experiencia singular: no fue un tiempo de espera común como para perder la paciencia a los cinco minutos; tampoco parecía estar sujeto a un reloj como el que hay en una oficina. Era, más bien, como el tiempo de un beso. Algo así como cuando acaricias a una persona que amas. Era como el tiempo del juego de los niños, o el de la creación de un artista. Me pareció, más bien, que no había tiempo.

Manuel me alcanzó un caparazón de tortuga, como de 30 centímetros de alto, para que



me sentara. Estuve ahí, acurrucado en silencio. Hice apenas un par de preguntas porque quería escuchar como hablaban en su lengua. En un momento me pregunté si no estarían cantando: los sonidos no solo provenían de las voces, sino de los árboles, de los animales y del roce de los objetos. Tal parecía que ese lenguaje lo hablaban seres humanos y todo en derredor. Por un instante, tuve la impresión de que entendía lo que decían.

Al terminar de tejer, Teima me ató la manilla a la muñeca. Fue otro proceso largo, y ya nos disponíamos a salir cuando uno de ellos, Alexander, se me acercó y, como pudo, me dijo que tenía a su mujer enferma en Bogotá y que necesitaba mi ayuda. Le dije que contara

conmigo. Algunos no ocultaban sus sonrisas por la manilla, ya que se trata de un objeto que solo utilizan las mujeres en la selva. Aunque lo sabía, me gusta llevarla. Me despedí y les hice saber, a través de mi traductor, que volvería para realizar el proyecto.

Lo que ocurrió a mi regreso lo ilustran mejor las fotografías del proceso que se llevó a cabo con la tribu el 22 de agosto de 2008. Quiero expresar mi agradecimiento por su colaboración en la ejecución de este proyecto a los nukak makú, al Ministerio de Cultura, a la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, a Hewlett-Packard, al Museo Nacional de Fotografía (Fotomuseo) y al Fondo Mixto de Cultura del Guaviare. Todos ellos hicieron posible esta idea.

